



Giscard, un "liberalismo avanzado" entre el programa común de la izquierda y la derecha clásica de un Chirac.

## Giscard y la nueva derecha

**D**EMOCRACIA francesa" es una frase bien distinta de "democracia española", o "a la española", como gustaba de proponer el justamente olvidado presidente Arias. Aún sin liberarse del orgullo patriótico o del nacionalismo pacato, "democracia francesa", como ha titulado el Presidente Giscard d'Estaing su libro —que pronto habrá vendido un millón de ejemplares— es algo así como un apelativo de origen. La democracia francesa está en el principio de las actuales democracias mundiales, y sus textos, desde la Enciclopedia y los miríficos sueños de Rousseau, y los socialismos más o menos utópicos, y los "Derechos del Hombre y del Ciudadano", son de origen francés. En cambio, la democracia "a la española", de la que todavía se habla y que todavía se busca, estaba apareciendo como una antidemocracia, desde el punto en que actuar "a la española" parece ser un monopolio de los que definieron como "anti-España" a todo aquello, a todos aquellos que no eran ellos mismos.

¿Qué entiende Giscard ahora por "democracia francesa"? Un sistema, dice él, "apacible y fuerte". Un "liberalismo avanzado". Este libro es un acto de propaganda, al mismo tiempo que un programa y un informe. Lanzado desde la mismísima Presidencia de la República, con todos los recursos a su alcance, viene a ser ya un programa electoral aún a dieciséis meses, más o menos, de las elecciones generales. Es la propuesta de una nueva derecha. La derecha lleva mucho tiempo buscando nuevas fórmulas: la derecha pensante, se entiende. En España estamos sien-

do ahora testigos de una de estas fases de debate entre una derecha clásica y cerrada y otra que trata de encontrar formulaciones distintas. En el mundo, este tipo de debate es antiguo. La derecha procede históricamente de los defensores del "ancien régime" —es decir, de la autocracia, de la realeza de derecho divino, que se sentaban a la derecha del Presidente de la primera Asamblea—, y, por lo tanto, de los enemigos de la democracia. Estaban plenamente convencidos de que representaban un orden "natural", en el cual los pobres eran tales

educación, la transmisión de los puestos de mando, la cooptación. La otra rama de la derecha, la autocrática, pensaba en el "nuevo orden" que de alguna forma se basaba también en lo natural: la supervivencia del más fuerte, tomada de Darwin; la moral del esclavo y la moral del señor, deformada de Nietzsche, y siempre un sentido mágico, místico, del poder; un carisma que distinguía a los auténticos dominantes de los necesariamente dominados. Esta forma de la derecha fue derrotada en la guerra con la otra forma de la derecha: el

demografía. En el sentido de que se han multiplicado mucho más las clases explotadas que las dominantes, y suponen otra amenaza. Por la revolución o por las urnas. La derecha, hoy, apela al bienestar de unas mayorías —en los países ricos— para fabricar conservadores de pocas aspiraciones, pero capaces de conformarse con el ascenso social que les ha librado de una miseria que recuerdan ellos, sus padres o sus abuelos. Para conquistar lo que suponen mayoría burguesa —incluyendo en la burguesía a los "nuevos obreros"—, buscan estas fórmulas nuevas. El laborismo británico es una de ellas, la socialdemocracia alemana federal es otra —aunque oficialmente estén calificadas como "izquierdas"—. Francia ha pasado por varias sacudidas sociales e ideológicas desde la posguerra: encontró una fórmula nueva en De Gaulle, pero la fórmula pereció antes que su propio fundador.

Giscard quería ser el fundador de esta nueva derecha. Su enemigo está, naturalmente, a la izquierda, en el Programa Común de socialistas y comunistas, que tiene un enorme atractivo electoral y que podría dar dentro de año y medio escaso un jefe de Gobierno como Mitterrand. Su otro enemigo está en la derecha clásica, que podría representar Chirac, el que fue su primer ministro y al que despeñó oportunamente para sustituirlo por el "moderno" Barre. Trataría de aglutinar en torno suyo a esta derecha tradicional ante la nueva amenaza de la izquierda electoral y para hacer frente a los tiempos nuevos. Giscard es un reformista. Y lo que propone ahora es una sociedad

### Eduardo Haro Tecglen

porque "naturalmente" no podían ser otra cosa. Había incluso una manera de deformación religiosa, según la cual, la riqueza —la posesión, la propiedad— era un signo de la protección divina, de la elección de una Providencia. Estas ideas hubieron de ser cambiadas. Ligera-mente. La derecha hubo de aceptar la democracia como principio universal, y transmigró, por una parte, al liberalismo; por otra, a los nuevos sistemas autocráticos que iban a derivar en los fascismos. El liberalismo volvía a ser un orden "natural", pero más libre: los canales de la riqueza ya no los detentaría el Estado, sino que serían iguales para todos, y en la libre concurrencia triunfaría el más dotado, el más inteligente. El más apto. Naturalmente, había una trampa, y es que los caminos no eran "iguales para todos": si la herencia de la sangre perdía valor, se mantenía la herencia del dinero, las posibilidades de

liberalismo, lo cual no quiere decir que los fascismos desaparecieran ni que los liberalismos quedaran triunfantes, aunque aún tengan zonas de poder extensas. La derecha, hoy, se debate entre la necesidad de mantenerse dentro de los moldes democráticos universalizados mientras continúa practicando de alguna manera su división de clases sociales, que le permite mantener una mano de obra más barata de lo que sería justa, un sistema de propiedad transmisible y una posesión de las fuentes de materias primas. Son considerables pasos atrás con respecto a la derecha inicial del "ancien régime"; son, en realidad, considerables pasos adelante en un sistema de convivencia que parezca más justo y que evite el riesgo de las revoluciones. Han jugado un considerable papel en toda esta evolución las revoluciones industriales y científico-técnicas, y muy especialmente la

# Giscard

reformada, desprendida de los mitos visibles de la derecha, pero situada siempre en las transmisiones de poder y propiedad con más apertura que en el liberalismo clásico. Es decir, con las clases sociales menos impermeables, menos en compartimiento estanco que antes. Hablando de su propio programa —expuesto en el libro—, Giscard explica que lo que propone "acentúa la difusión de las responsabilidades y de las libertades", y que, en realidad, su idea de "liberalismo avanzado" es la de un "pluralismo"; pero que elige el término de liberalismo avanzado "por razones de semántica". ¿Cuáles son esas razones? "El término de 'liberalismo', dentro de la conciencia profunda francesa, encuentra su raíz en un cierto análisis del siglo XIX, que le da, según yo creo, una coloración demasiado conservadora. Esto es solamente por la historia política de nuestro país, y creo que el camino a partir del pluralismo está más limpio de las clasificaciones del pasado de lo que sería el camino a partir del liberalismo". Todo ello relacionado con un mito de "carácter nacional" muy propio de la derecha: "Considero que Francia es un país en el cual el temperamento nacional, los rasgos de nuestro carácter, hacen que haya que conceder una gran parte a la difusión de responsabilidades y a la protección de ciertas libertades". La traducción del juego semántico es la de que Giscard d'Estaing entiende que es necesario evitar el colectivismo, manteniendo un sistema jerárquico —en la empresa y en la vida—, que es lo que se entiende por "responsabilidades", y la defensa de "ciertas libertades" son las del individuo frente a un Estado dirigista. Léase socialista.

La alternativa que podría tener Francia a este tipo de Gobierno pluralista de liberalismo avanzado sería la socialdemocracia. La socialdemocracia no estaría demasiado lejos de la idea de Giscard, tal como se ve en otros países "de la estructura común de la sociedad europea" (léase Alemania Federal, Austria). Pero ¿la socialdemocracia tiene representantes en Francia? Según Giscard, no enteramente. Hay socialdemócratas, pero estos están incluidos ya en la forma de poder actual, aunque haya algunos también en la oposición. "Pero no hay una verdadera propuesta socialdemócrata para Francia. Y este es, a mi juicio, el gran error histórico de ciertos miembros de la oposición. Es habitual decir que han realizado una operación brillante proponiendo otra fórmula, la fórmula del Programa Común. Mi juicio es contrario. Creo que si hubiera una propuesta socialdemócrata en Francia, tendría mucho más interés y mucha más base que la propuesta del Programa Común. A

partir del momento en que la propuesta es la del Programa Común, no hay lugar a pronunciarse sobre un turno de alternativa socialdemócrata que no ha sido propuesto; pero si en un momento dado se hiciera esta propuesta, estimo que podría ejercerse en el interior de nuestro cuadro institucional y de nuestro concepto de la sociedad". Traducción: el Programa Común (socialista-comunista) no puede encontrar su lugar en el "cuadro institucional". Viene a ser, por lo tanto, una subversión. Ni en el concepto francés de sociedad, lo que le califica como aberración.

Ha sido forzosamente más dura la discusión sobre propuestas y proyectos de sociedad en la Asamblea Nacional, en el curso del debate de la moción de censura propuesta por la oposición contra una parte del "Plan Barre" de reformas económicas (moción perdida por la oposición, como estaba previsto: sólo obtuvo 181 votos, cuando hubiera necesitado 242). El primer ministro, Barre, ha descrito de esta forma el Programa Común: "La lógica del Programa Común conduce al retroceso de Francia, a la regresión de su economía y al descenso del nivel de vida de los franceses". Y Mitterrand contraataca: "¿Será necesario que para tranquilizar los nervios de vuestros agentes de Bolsa se acalle a la oposición? ¿Que cese de presentar, en calma, su programa? Poniendo en evidencia un pretendido lazo de unión entre un programa de nacionalizaciones propuesto en 1972 y la baja reciente de la Bolsa, ¿quiere usted indicar que debo callarme, que no debe haber debate democrático?".

Todo son ya prólogos a la aún lejana fecha electoral, lo cual indicaría, si no se supiera de antemano, la enorme carga política e histórica que pueden suponer esas elecciones en Francia y, teniendo en cuenta su carácter de caja de resonancia, en todo el mundo. Giscard está actuando muy inteligentemente en su busca de una derecha que dé la sensación de equilibrio, del centrismo con el que sueñan todos los grandes de la derecha, y que nunca consigue nadie alcanzar de una manera real. Su problema está en que no le basta ahora con escribir libros o pronunciar conferencias, sino que tiene el poder en las manos. Un poder que, por una parte, es trascendental para ganar unas elecciones, pero, por otra, obliga a ir cumpliendo los programas que se enuncian, sobre todo cuando se hace con esta antelación. De aquí a la fecha electoral se verá si el "Plan Barre" ha sido suficiente para restaurar un equilibrio económico en Francia, para que no tenga que pagarlo la inmensa mayoría en beneficio de la minoría poseedora y para que el "liberalismo avanzado" sea de verdad una fórmula válida para una derecha que sea auténticamente nueva. ■

## Irlanda

# Crisis en la crisis

Caroll O'Daly,  
Presidente  
dimitido.



**E**L Presidente de Irlanda era un hombre situado "por encima de los partidos", frase ésta que siempre representa un ideal de neutralidad en la Jefatura del Estado difícil de cumplir; tan difícil de cumplir, que el Presidente Caroll O'Daly (en gaélico, Carball O'Dalaigh) ha tenido que dimitir, provocando una crisis grave en el país. El Presidente era un jurista puro, de fama internacional, y encontró un escollo grave en la Ley contra el Terrorismo que había decidido el Gobierno y aceptado el Parlamento: la encontró anticonstitucional. Como suele suceder con estas leyes que quieren prevenir el terrorismo, y especialmente en Irlanda, tan metida en la lucha del Ulster, recortaba las libertades individuales de todos. La realidad es que los terroristas actúan al margen de la ley, y de todas las leyes posibles, y ningún texto oficial es suficiente para detenerles; en cambio, esos textos oficiales dañan la textura democrática de las naciones, basada en la ampliación máxima de las libertades individuales.

O'Daly, en su doble acepción de Presidente y, por lo tanto, guardián de la Constitución, y en la de jurista sobre la que está basada toda su biografía, consideró peligrosa la Ley y la envió al Tribunal Supremo para que éste determinara si era o no constitucional. Se enfrentó con dos problemas: uno, que el ministro de Defensa, a quien se debe en gran parte la dura Ley de represión, considerase públicamente desacertada la decisión del Presidente con una frase que éste consideró ofensiva: "Tenemos una desgracia de Presidente"; otra, que el Tribunal Supremo falló en contra del Presidente y, por lo tanto, a fa-

vor de la constitucionalidad de la Ley antiterrorista. La primera cuestión fue ampliándose en círculos concéntricos: el ministro de Defensa, Donegan, presentó excusas al Presidente, pero no dimitió; el Presidente no aceptó las excusas y pidió su dimisión. Pero el Gobierno hizo causa común con el ministro. Aún quedaba el Parlamento, pero el Parlamento apoyó al Gobierno y rechazó la moción de dimisión que presentaba el grupo de la oposición. Aún hubiera podido mantenerse el Presidente de la República, pero la decisión del Tribunal Supremo ha terminado de desautorizarlo. El Presidente es un hombre sin partido y sin votos populares; había sido nombrado por consenso general de todos los partidos, para evitar unas elecciones que hubiesen sido difíciles. Tiene, sin embargo, una gran parte de la opinión pública a su favor, y el Gobierno se está viendo acusado por gran parte de la prensa por su insensatez. Con lo cual es muy posible que tenga, a su vez, que dimitir, y el país se encuentre sin Gobierno y sin Presidente. Y quizá enfrentado a la necesidad de dos elecciones: unas presidenciales y otras parlamentarias, si la doble crisis precipita, como es posible, una disolución del Parlamento.

Existe también la posibilidad de que, otra vez, los principales partidos políticos se pongan de acuerdo para la elección de otro Presidente "por encima de los partidos", como fue el caso de O'Daly; este nuevo Presidente recibiría la dimisión protocolaria del Gobierno actual y nombraría uno nuevo, en el que ya no figurase el actual ministro de Defensa. Y se habría puesto solamente otro parche a la difícil situación política de Irlanda. ■